

Martin Amis

El infierno imbécil

Y otras visitas a Estados Unidos

Traducción de José Manuel Álvarez Flórez



El Aleph Editores

Índice

Introducción y agradecimientos	11
El infierno imbécil	15
Los crímenes de Atlanta	31
Truman Capote: el hombre que conoce a todo el mundo	47
Philip Roth: ninguna satisfacción	61
Elvis: él lo hizo a su manera	73
Diana Trilling en la avenida Claremont	77
Norman Mailer: el vengador y la zorra	83
Palm Beach: ¿no es maravilloso?	109
Brian de Palma: el bruto del cine	117
Aquí está Ronnie: de campaña con Reagan	133
El señor Vidal: Gore el antipatriota	145
Demasiado chanchullo simiesco: la nueva derecha evangélica	163
Vidal contra Falwell	179
Joseph Heller, el matagigantes	187
Neohabla en <i>Vanity Fair</i>	193
Kurt Vonnegut: después del matadero	197
Gloria Steinem y la utopía feminista	207
William Burroughs: los trozos malos	217
Steven Spielberg: asombro juvenil	221
John Updike: Conejolandia y Bechville	235

Introducción y agradecimientos

Me han pedido en un par de ocasiones que escribiera un libro sobre Estados Unidos; y debo haber dedicado cuatro o cinco minutos como mínimo a considerar esa empresa monstruosa. Estados Unidos es más parecido a un mundo que a un país: podría uno escribir también un libro sobre la gente o sobre la vida. Luego, años más tarde, cuando estaba vaciando los cajones de mi escritorio para preparar una selección de artículos de prensa diversos (y este libro se ofrece con toda la humildad del género), descubrí que ya había escrito un libro sobre Estados Unidos... no premeditado, accidental y por entregas. De los cientos de miles de palabras que creo haber escrito para periódicos y revistas en los últimos quince años, aproximadamente la mitad de ellas resultan ser sobre Estados Unidos. Tengo la esperanza de que estas piezas dispares sumen algo. Sé que los Estados Unidos sólo se pueden abordar aproximándose a ellos desde una docena de direcciones distintas como mínimo.

El curso académico 1959-1960 lo pasé como residente de diez años en Princeton, Nueva Jersey. Era el único chico de la escuela (el único varón de toda la ciudad) que llevaba pantalones cortos. Pronto los tuve largos, pelo a cepillo y una bici con neumáticos gordos de banda blanca y timbre eléctrico. Comí pavo el día de Acción de Gracias.

Llevé una máscara horrible en Halloween. Estados Unidos me excitaba y me asustaba, y ha seguido haciéndolo. Desde aquella época he pasado otro año al menos allí, cumpliendo una misión. Mi madre vivió años allí, y muchos de mis amigos expatriados viven ahora en Estados Unidos. Mi esposa es estadounidense. Nuestro hijo pequeño es medio americano. Yo mismo me siento en parte americano.

Bueno, es indudable que debería haber trabajado más, haber hecho un libro más representativo, más sistemático, *etcetera*. Constituye, sin embargo, una colección de periodismo peripatético, e incluye artículos en los que el viaje es sólo mental. He añadido conexiones y epílogos; he soldado unos artículos con otros; he reescrito cosas que eran demasiado claramente erróneas, insustanciales o malas. Debería haber trabajado más, pero fue bastante trabajo unir todo este material (fotocopiar números atrasados de publicaciones puede ser una auténtica lucha, hay que tener en cuenta el peso de los volúmenes encuadernados y esa tapa de Xerox que se interpone en tu camino y te estorba). Y fue un trabajo duro, en primer lugar, escribirlo todo. Los periodistas tienen dos modos de gastar energía: en la preparación y en la ejecución. Los hay que se agotan consiguiendo los contactos adecuados, los informes íntimos, las revelaciones. Yo no soy bueno en nada de eso. Me lo salto, así que hay que hacerlo todo sobre la máquina de escribir. El periodismo me resulta un poco más fácil que la narrativa, y la crítica de libros ligeramente más difícil. La reseña de un libro de mil palabras me parece mucho más claramente una forma artística (aunque menor) que cualquiera de las excursiones del Nuevo Periodismo, algunas de las cuales son tan largas como *Middlemarch*.

Todos estos artículos fueron escritos por encargo. Es

decir, fueron escritos no para mi propia satisfacción sino para directores concretos de publicaciones concretas en momentos concretos y con extensiones concretas. El gacetillero y la puta tienen mucho en común: el trasnoche, la sociabilidad venal, el consumo social de alcohol, el deseo de complacer, la vivacidad simulada, el agotamiento disimulado... tienes que seguir haciéndolo aunque no te apetezca. (Tal vez ese vínculo explique el barniz hipócrita del artículo de incitación policial al vicio prohibido para atrapar al vicioso, en que al final el reportero presenta siete excusas y se aleja tambaleante adentrándose noblemente en la noche.) Insidiosa pero necesaria es la putesca habilidad que ha de desplegar uno para adaptar su tono al cliente concreto. Parece ser que todo se hace, afortunadamente, de forma subliminal. Escribes así para la *London Review of Books*, y escribes así para el *Sunday Telegraph Magazine*. Puedes usar tacos aquí pero allí no. (He disfrutado mucho desexpurgando estos artículos... y restaurando cortes, algunos de los cuales, como en el perfil de Brian De Palma, constituían cerca del ochenta por ciento del total.) El novelista tiene una concepción muy firme del Lector Ideal. Es él mismo, aunque extrañamente modificado... más viejo, quizás, o más joven. En el periodismo es mucho más imprecisa toda la operación: cada etapa de la experiencia parece involucrar a un montón de gente.

Tomé la frase «el infierno imbécil», y mucho más, de Saul Bellow, que me informa de que *él* la tomó de Wyndham Lewis. Ni que decir tiene que lo de infierno imbécil no es una condición exclusivamente estadounidense. Es mundial y tal vez eterna. Es también, por supuesto, primordialmente una metáfora, una metáfora de la infamia humana: la masiva, grosera y siempre desconcertante infamia humana. Entre las muchas cosas que yo no entien-

do de los estadounidenses figura ésta: ¿cómo es lo de ser uno ciudadano de superpotencia, lo de sostener democráticamente los medios de extinción planetaria? Me pregunto cómo esto contribuye a la vida de ensueño del país, una vida de ensueño tan profunda y atribulada. Cuando yo estaba recopilando este libro (en agosto de 1985, durante las conmemoraciones de Hiroshima), me asaltó un pensamiento inquietante. Quizás la frase del título sea más retumbante, y más clarividente, de lo que yo imaginaba. Describe con exactitud un futuro posible, un futuro en el que el infierno imbécil dejará de ser una metáfora y se convertirá en una realidad: la única realidad.

Estoy particularmente agradecido al *Observer*, bajo cuyos auspicios se escribió, en realidad, este libro; y estoy también en deuda con el *New Statement*, el *Sunday Telegraph Magazine*, la *London Review of Books*, *Tatler* y *Vanity Fair*. He sido siempre excepcionalmente afortunado con mis editores y colegas, y los saludo aquí, en un orden cronológico aproximado: Terence Kilmartin, Arthur Crook, John Gross, Claire Tomalin, Anthony Howard, Julian Barnes, Deirdre Lyndon, Donald Trelford, Miriam Gross, Trevor Grove, Karl Miller y Tina Brown. Debo dar gracias especiales a Ian Hamilton y Clöe Peploe.